





# AMECAMECA













# AMECAMECA

Mario Alberto Serrano Avelar



Fotografía  
*Marco Antonio Ortíz Martínez*

**foem**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas  
*Secretaria de Cultura y Deporte*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros:* Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo, Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico:* Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Secretario Ejecutivo:* Roque René Santín Villavicencio

*Amecameca*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Deporte del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Deporte  
del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Mario Alberto Serrano Avelar, por texto

© Marco Antonio Ortíz Martínez, por fotografías

© Secretaría de Cultura, INAH, por fotografías de monumentos históricos e inmuebles catalogados. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia

ISBN: 978-607-490-297-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217 / 01 / 22 / 20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Deporte del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



# Presentación



En el centro de la nación mexicana, en el corazón de la patria, se distingue un territorio que representa apenas 1% de la extensión total de la república. Se trata de nuestro Estado de México, entidad de reducidas dimensiones geográficas, pero poseedora de una grandeza natural, histórica y cultural que es orgullo de sus habitantes.

Ser mexiquense es asumir la experiencia caleidoscópica y cotidiana de vivir en un escenario signado por la pluralidad y la diversidad de lenguajes, climas, comidas y sueños. Modelado por las huellas de los ancestros y forjado por la mano creadora de los hombres del presente, el Estado de México es una tierra pródiga en saberes y sabores, sitios arqueológicos, arquitectura colonial y moderna, fiestas y festivales, artesanías, tradición oral, sitios y atractivos naturales.

La publicación de la Colección Mosaicos Regionales se enmarca en la política pública editorial que el Gobierno del Estado de México ha diseñado para promover el conocimiento de los valores culturales que nos identifican, y que son un timbre de legítimo orgullo de los mexiquenses.

Inspiran a esta colección las denominaciones de Pueblos Mágicos y Pueblos con Encanto, mismas que han recibido varios municipios del Estado de México, ejemplos emblemáticos de dicho conjunto de valores, los cuales nutren el patrimonio tangible e intangible e ilustran puntualmente la multiculturalidad que nos es propia.

Páginas anteriores:  
vista panorámica de  
Amecameca y monumento  
a Miguel Hidalgo y Costilla.

Al revalorar y difundir la riqueza cultural de nuestros municipios, queremos fortalecer, por un lado, los signos de identidad y pertenencia de los habitantes oriundos y, por otro, extender una invitación entrañable para que los visitantes vayan más allá del aspecto turístico y se interesen por los rasgos más genuinos de esta tierra privilegiada.

ALFREDO DEL MAZO MAZA  
*Gobernador Constitucional del Estado de México*

Uno de los tesoros del jardín municipal es el aro del juego de pelota prehispánico.



Por eso las cinco parcialidades reunidas llevan un solo nombre,  
el de Chalchihumomozco Amaquemecan, el famoso y glorioso  
Totolimpan en la falda de los montes y las nieves...

CHIMALPAHIN

*Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*

*Para mi hijo Elías,  
que nació en esta tierra*





# El ojo de Amecameca

Hace más de 100 años, después de atravesar el paisaje seco de Tenango y Ayapango, el tren topaba de frente con una serranía magnífica parecida a una muralla. Esa enorme pared representaba algo más que la metáfora. En primera instancia, el carácter inasible de la Sierra Nevada, pero, sobre todo, un límite en el más exacto sentido de la palabra. El tren dejaba a sus pasajeros en la minúscula ciudad de Amecameca. Sacudiéndose el sopor del trayecto, los viajeros volteaban hacia el oriente del lugar sintiendo que aquí se acababa algo: la urbanización, el clima templado del altiplano, la geografía política. Aquí comenzaba otra cosa. Pero, en tanto límite, la enorme muralla de árboles que desplanta a los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, a sus múltiples cerros, barrancas y al paisaje en conjunto, es una incitación a la vista. Amecameca, en ese tiempo del Ferrocarril Interoceánico como hoy en día, es un lugar para estar ávidos (y nunca plenos) de todo lo que a la vista encanta.

El entorno se domestica con la vista. En primer lugar, la grave y rotunda silueta de Iztaccíhuatl, la mujer dormida, erotiza el horizonte en su recostada pose de desparpajo y, se supone, de eterna espera. Pero si el pecho ubérrimo de la volcana atrae, también reverberan los detalles más o menos grandilocuentes del derredor.

Ahí está, por decir lo obvio, la presencia incommovible del cerro del Sacromonte, una elevación que no por minúscula es menos sagrada. Domina

Página anterior: vista  
del volcán Iztaccíhuatl

el valle y la historia de la población desde que dejó de ser un páramo desolado hace miles de años. En ese ejercicio panóptico, se puede pasar de la entidad tutelar de este municipio a las miradas agresivas y penetrantes de los leones del jardín central, o al frontispicio neoclásico de la Parroquia de la Asunción, que con su ojo-que-todo-lo-mira redondea este elogio a lo visual de Amecameca.

Sería un error considerar que sólo lo tangible contagia con su pulpa al ojo. También están los objetos intangibles, el minúsculo detalle que requiere la lupa de las buenas anécdotas y las pinzas de la riqueza y del patrimonio cultural. De ellas hablaré más adelante, porque multitud de viajeros, en casi todas las épocas de la historia, han visto Amecameca. De Hernán Cortés, que la vio rápidamente hace 500 años, calculando al ojo que serían unas 20 mil personas las que vivían en aquel valle y alabando sus buenas casas, a usted mismo que lo hace a través de estas páginas.

La vista, además, puede penetrar al frío, a los varios colores del volcán cuando el sol lo acaricia u oculta (Hokusai se hubiera vuelto loco con las más de 36 perspectivas que tiene nuestro Popocatepetl). La vista atraviesa el tiempo, porque esta luz que hoy ilumina Amecameca es la misma que vio a sor Juana —entonces la niña Juana Inés— escribir posesa para participar en un concurso porque el premio ofrecido era un libro. Y hoy, 300 años después, se puede ver a la guardiana de una cueva sagrada congraciarse con los espíritus de la montaña y de la divinidad a más de tres mil metros de altura. Porque ver también es indagar. Entre otras graves preocupaciones, el gesto entrecerrado del Cristo negro de pasta de caña que es el Señor del Sacromonte: recostado en su cueva del cerro tutelar, el Cristo yacente nos hace pensar si los muertos algo pueden ver, pero, más aún, nos lleva a preguntarnos cuál es el horizonte de su mirada, cuáles y quiénes sus destinatarios. ¿Qué punto de Amecameca —“Ameca” como le dicen los propios— es el mejor lugar para comenzar a conocer?





Volcán Iztaccíhuatl

Página anterior:  
leones del jardín central  
de Amecameca







# Los volcanes

El estadounidense Harold Maxson escribió en 1920: “Amecameca está situado en una llanura justo al pie del Popocatepetl e Iztaccíhuatl y no puede haber un mejor lugar para una vista tan cercana de ambas montañas”.

A un siglo de distancia, se sigue obteniendo plena esa panorámica vista de los colosos, panorama que ha rendido a muchos en la invencible tarea de explicar con palabras lo visto, como a José María Roa Bárcena en 1881: “Tú, Popocatepetl, tú te levantas / sobreviviendo a todo. Parda nube / hora tu augusta faz cerca y esconde: / y al soplo de los vientos vespertinos / cuyo bramido a mi cantar responde, / tu negra falda puebla / en vellones o espectros blanquecinos / que huyendo aprisa van, pálida niebla”. O a su casi contemporáneo, el fotógrafo Hugo Brehme, fascinado con el México pintoresco que Amecameca le ofrecía. Pero, oferta variopinta, la vista también escandalizó en tiempos de Maxson al inclasificable Dr. Atl, que observó los volcanes desde luego —puede que con más atención que Brehme y Roa Bárcena juntos—, pero por encima de ellos detuvo su mirada en “una melancolía fatal... que parece haber nacido de esta tierra prodigiosa aplastada por la grandeza de montañas incommovibles”.

Aquí y ahora, como fuere, tenemos una vista impresionante del valle, de los volcanes, de la ciudad y del muro del que hablaba al inicio. Muralla

Página anterior:  
Amecameca ofrece una perspectiva privilegiada para observar los volcanes.

Páginas 18 y 19: perspectiva posterior del volcán Iztaccíhuatl.













sólida que conforme uno se acerca comprueba que no es sino la superposición de muchos cerros y cañadas, cantiles y abrigos rocosos, escenario de la leyenda que todos conocen al dedillo, la de un guerrero que guarda el sueño mineral de su dama, excesivamente prolongado por los siglos de los siglos, hasta que a los amantes se les acabaron los huesos y el tiempo, para verse convertidos en piedra. En la leyenda de los volcanes está, de una u otra forma, el pacto amoroso de una ciudad que durante casi dos mil años de historia se ha vinculado con su entorno para construir una cultura material que se puede llamar sin problemas “cultura de los volcanes”: la coexistencia de la madera (es decir, del bosque), con las piedras y el río (con el volcán y la montaña en abstracto) en las construcciones; la urgencia de transigir con el frío y negociar, como haría una buena relación de pareja, que la ceniza, los temblores y una cierta erupción de vez en cuando no obliguen a la vecindad a abandonar Amecameca. Esta cultura de los volcanes existe. La neblina, es decir, la pulpa de los sueños, lo comprueba cuando de vez en vez corre por las calles de la ciudad.

La neblina oculta una muralla  
aparente formada por  
accidentes geográficos.







## Borrarse en el rumor de la vista

En la cima del Sacromonte hay un viejo panteón cuyas lápidas nos regresan a ese tiempo inmóvil de la memoria. Las grandes familias se venían a sepultar aquí por su evidente aire de lugar sagrado, pero puede que, como dice Joan Manuel Serrat, también porque: “en la ladera de un monte, más alto que el horizonte, quiero tener buena vista”.

Además de la vista, si de algo están salpicadas las lápidas es de prosapia. Mármoles italianos rivalizan con nobles trabajos en piedra, cantera o yeso para inmortalizar los apellidos, los afectos y las obligaciones familiares; por tanto, no sorprende encontrar obra del escultor Reynaldo Guagnelli, que trabajó para estas familias lo mismo que para la Rotonda de los Hombres Ilustres en Ciudad de México.

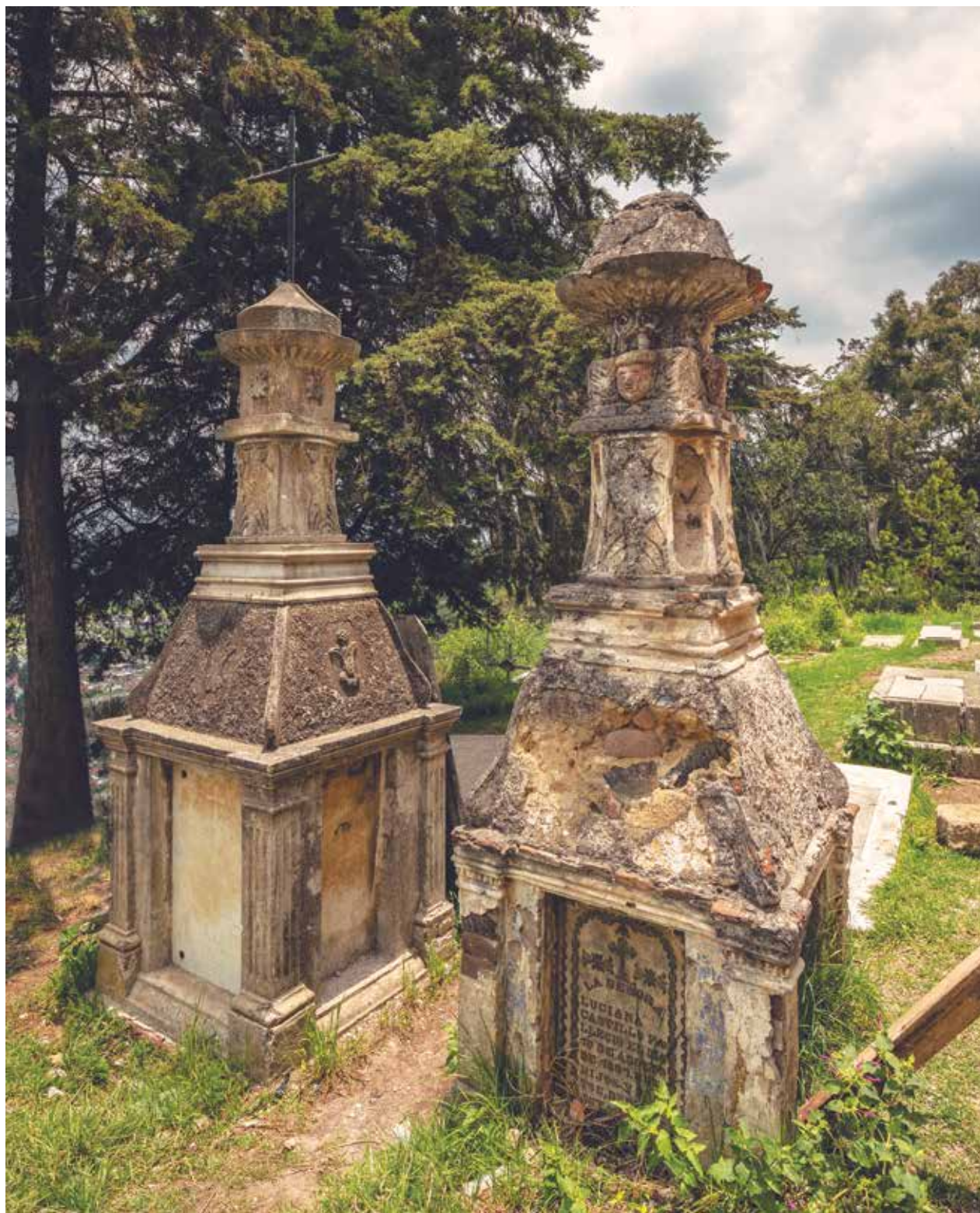
Este singular panteón en las alturas, rebosa memorabilia que a cada momento pretende ser una heráldica, y cuando comete ese desliz se convierte en una pretensión tan advenediza que termina siendo ridícula. Pero aquí están, sin embargo, las grandes familias que echaron las bases de la prosperidad de Amecameca: el trigo, las hectáreas de maíz, forrajes varios; la harinera de la que sólo quedan los imponentes silos en pleno centro del municipio.

Aquí descansan los padres fundadores de la pequeña ganadería, los aserraderos y los servicios disímbolos que integran al comercio: desde la carnicería en el mercado hasta una tahona; panaderías, fábricas de refrescos,

**Las grandes familias sepultaban en el panteón del Sacromonte como signo de distinción**

Página anterior: detalle de una lápida en el antiguo panteón del Sacromonte.





Páginas siguientes:  
el pequeño panteón  
resguarda multitud de  
estilos escultóricos.













pulquerías, molinos de café, baños de vapor, pequeños restaurantes. Comercio es comercio. No importa la raíz nacional o los aires extranjeros: una tienda de ultramarinos se llamaba La Vizcaína; un cajón de ropa tenía el peculiar nombre de La Flor de Bagdad. Además de las familias de renombre, hay espacio para que descansen en camposanto diversos militares, destacando de entre todos el coronel Silvestre López Torquemada, héroe —junto con varios habitantes de la Región de los Volcanes— en la batalla del 5 de mayo de 1862 contra los franceses y, sin embargo, fusilado en 1913 por prestar su apoyo moral e incondicional a los zapatistas.

Ellos o algunos de sus antepasados patrocinaron las obras rimbombantes que aún pueden verse desde el foso que ocupan en este cementerio-mirador. El arco humilladero de la antigua villa de Amecameca, donde todo viajero debía de prosternarse al entrar; la plasticidad lujuriosa y desbordada de los retablos que adornan la Parroquia de la Asunción o las pinturas de excepcional calidad que tiene la Capilla del Rosario; la concesión de luz eléctrica para alumbrar las noches en tiempos de la Revolución maderista; el Hospital de La Castañeda, cortado en bloques y trasladado piedra a piedra de Mixcoac a la serranía de Amecameca. En suma, la materialidad de la ciudad, esas obras que le permitieron tener un rango, una posición y una influencia sobre el resto de municipios y comunidades de la Región de los Volcanes.

En este camposanto descansen familias de renombre, militares y extranjeros.





# La turbina de un avión / El gusano debajo de la tierra

El Popocatepetl se escucha. Para el profano en vivir a la sombra de un volcán, la vista puede resultar suficiente; para los curtidos, sin embargo, resulta más confiable escucharlo, porque puede expulsar una fumarola de cinco kilómetros y nadie se espanta, pero cuando decide comunicarse con sonidos todo cuenta. ¿Quién no se ha estremecido cuando el volcán habla? Primero comienza con un ruido seco que sube por el cono, haciendo que toneladas de ceniza sean expulsadas como un borbotón de agua saltando hacia las alturas. El material se desborda; parece una nube de polvo que se hubiera alzado por un golpe fenomenal en la calma de la tierra, pero cuando se piensa que la ceniza es piedra fundida a altísimas temperaturas la comparación da miedo. Los muros de las casas, que siempre han sido emblema de la seguridad, quedan bastante mal parados ante los comparativos destructores de ese fuego líquido que en el domo del cráter se está cocinando a la espera de salir vomitado a toda velocidad contra todo lo que le pongan enfrente.

El ruido que provoca su regurgitar tiene mil similitudes, pero la más vibrante y plástica es la turbina del avión. Más de 12 mil metros en línea recta y el sonido es perceptible como si estuviera afuera de la casa. Sí, un rugido sordo, continuo, que eriza la piel. Exactamente como un avión que se prepara para despegar. Cuando se trata de una fumarola explosiva el sonido es como un gusano que se abriera paso por debajo de la tierra. Una levísima sacudida

Página anterior:  
Santuario del Señor del  
Sacromonte y volcán  
Popocatepetl.



hace que las personas salgan de su rutina para decir: “¡El volcán!”. Porque en Amecameca se ha superado lo trágico. Después de “¡el volcán!”, se grita: “¡Qué hermoso!”.



Vista panorámica de Amecameca

Página siguiente:  
el volcán Popocatepetl  
emite una fumarola.







## El coloquio imposible

Cuán interesante sería reunir en una conversación imposible al hermano Martín de Valencia, al humanista Fortino Hipólito Vera y al noble Domingo Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin. Habría que ponerlos en el centro de Amecameca, de cara al Sacromonte, y en sus manos sendos jarros de pinole o de champurrado. El hermano Martín comenzaría el coloquio:

—Vosotros, amados hermanos, sabéis que mi intención siempre fue velar por vuestros abuelos y sobre todo por la gente menuda, trayéndolos a la buena nueva; pero cuando vi su cerro y encontré sus maravillas de sotos y aves caí rendido, Dios me perdone, a la belleza de esta tierra.

Don Domingo Francisco le atajaría:

—¡Ea, pues!, reverendo padre, no es para menos lo que nos cuenta. Yo, siendo como soy un *tlatocapiltin*, he tenido vivísimos deseos de expresar mi amor por esta mi tierra, de ahí que, como ustedes saben, me hallo en el esforzado trabajo de confeccionar unas *Relaciones*.

El humanista Hipólito Vera, antes que editor, sacerdote, vaciaría su jarro de champurrado con deleite antes de tomar por el brazo al historiador:

—Usted, mi apreciado príncipe, nos ha hecho sin duda un gran favor a las nuevas generaciones enseñándonos la belleza que cautivó al reverendo Martín y mostrándonos el camino de la historia. ¡No sabe usted

Página anterior:  
Santuario del  
Sacromonte.





las ganas que tengo de editarle sus dichas *Relaciones*! ¡Ya las veo! ¡Bilingües y en cuarto mayor!

Chimalpahin asentiría con un gesto sereno pero lleno de dominio ante propuestas que seguramente serán imposibles. De modo que retoma la plática:

—Quisiera preguntarle, hermano Martín, ¿cómo es que llegó nuestro Señor del Sacromonte a la cueva?, tengo entendido que se le apareció en una mula, pero, ¿eso es cierto, por ventura?

El valenciano se limpiaría en el sayal los restos del tamal aguado que mordía discretamente:

—La fe mueve montañas, hermano Cuauhtlehuanitzin; lo único que deploro, Dios me perdone, es que no haya aprendido su hermosa lengua de pájaros para mejor dialogar con vuestros abuelos sobre ese hecho milagroso.

—Oiga —interrumpiría Vera—, usted, reverendo, fue el primero en mencionar al santísimo Señor del Sacromonte, y usted —le dirigiría una mirada bondadosa pero llena de urgencia por encontrar una respuesta—, mi *tepilhuan*, fue el primero en documentar los santos oficios que se le hacen. ¡Vaya!, conque podemos unir al fin la trama de esta historia.

Chimalpahin volvería su vista, ocupada en registrar a detalle todo el derredor, a la cara afable de Vera y a la compulsiva manía de comer retraídamente de Martín de Valencia.

—*Tepilhuan* no, señor mío —comenzaría solemne—, *tlatocapiltin*, lo que es igual a “descendiente de nobles”. Por eso me llamo don Domingo Francisco de San Antón Muñón... Bueno, está bien; pero tiene razón en casi todo. Digo “casi”

porque, usted no me dejará mentir, reverendo, aquí don Fortino fue el primero en escribir la historia del Señor del Sacromonte, ¿no es así?

El santo varón, reprimiendo sus ganas de tomarse otro jarro de pinole, asentiría e inmediatamente seguiría el coloquio:

—Vuestras mercedes me disculpen la distracción. Por otro lado, lo que dice el *tlatocapiltin* es cierto, pero a medias. El primero en escribir sobre nuestro Señor del Sacromonte fue mi hermano Motolinía... pero no perdamos el tiempo en discusiones de este tipo. Ved que hemos venido a coincidir en un mismo lugar los tres.

—¿Se refiere usía a este jardín? —pregunta Chimalpahin con su voz entrenada para indagar.

—No, no —dice con el dedo índice Martín de Valencia, que se ha metido otro bocado de tamal aguado—. No, me refiero —dice una vez tragado el untuoso tamal— a que la historia nos ha puesto juntos.

—¿En un libro? —Vera no puede ocultar la imaginación profesional de todo editor.

—No. Si vosotros os fijáis bien, aquí, en este punto de esta ciudad, coincidimos.

Chimalpahin voltea a ver el parque, intenta registrar, añorar, reconstruir fielmente lo que le rodea. Vera suspira, en realidad está comenzando a hacer más frío y tanto el champurrado como el pinole escasean.

—El Sacromonte nos une, hermanos míos, pero hemos de reunirnos físicamente en este punto del pueblo: la calle, como ustedes ven, Dios me perdone, lleva mi nombre.

Vera asiente.

—Claro, venerable. Antiguamente se llamaba La Calzada, pero ahora tiene su nombre con justicia.

Página anterior:  
a pocos kilómetros del  
poblado se encuentra el  
monumento Solsticial  
de Tomacoco.



Chimalpahin asiente, él sabe la fecha exacta del cambio pero sería soberbio corregir a un sacerdote que encima es editor y amigo de grandes intelectuales.

—Bueno, pues vosotros me flanquean, hermanos. En las jambas del arco están las placas que los honran como grandes hijos de esta querida Amaquemecan.

Los tres sonríen. Los tres desaparecen del imposible coloquio.

Se pueden escuchar muchas voces en Amecameca, pero el mayor rumor que las domina es la voz de su historia. Casi dos mil años considerando que Chimalpahin (1579-1645), el gran cronista de la región, comienza la “Cuarta relación” sobre los totolimpanecas, tlacoachcalcas, acxotecas y tenancas, los antiguos habitantes de Amaquemecan, en el año 50. En esos diálogos, se encuentran algunos *huehuetlatollis* e historias recabadas en libros “negros y rojos”; también están los diversos sonidos de la palabra antigua, porque gracias a las *Relaciones* tenemos un panorama de las primeras oleadas de migrantes que habitaron este rincón del Estado de México. En el eco de sus vírgulas de códice se mezclan las voces del Golfo, los idiomas eufónicos pero imposibles de la cultura mixteca, la elegancia del náhuatl más antiguo, las variantes dialectales que le dan color a cualquier lugar donde se encuentren los contrarios. Pero luego, quizá, sí hay forma de sistematizar el rumor de la historia y convertir su parloteo en una narración que ahora entendemos con cierta claridad en sus consecuencias. El nudo gordiano de la Amaquemecan, el lugar donde los hombres visten mantas de papel.

El proceso sería así, más o menos. La antigua nobleza de Amaquemecan (poética y ritualmente conocida por los nombres de Iztlacozaucan, Totolimpan, Chalchihumomozco, Poyauhtlan, Tamohuanchan y Xochitlicacan) quedó acéfala en tiempos de la conquista española, pero Cortés decide hacer de juez y nombra a un gobernante. El resultado: una querrela familiar por el poder. De un lado, Tomás de San Martín Quetzalmatzin y del otro, Juan de Sandoval Tecuanxayacatzin.

**Se pueden escuchar muchas voces en Amecameca, pero el rumor que las domina es la voz de su historia**

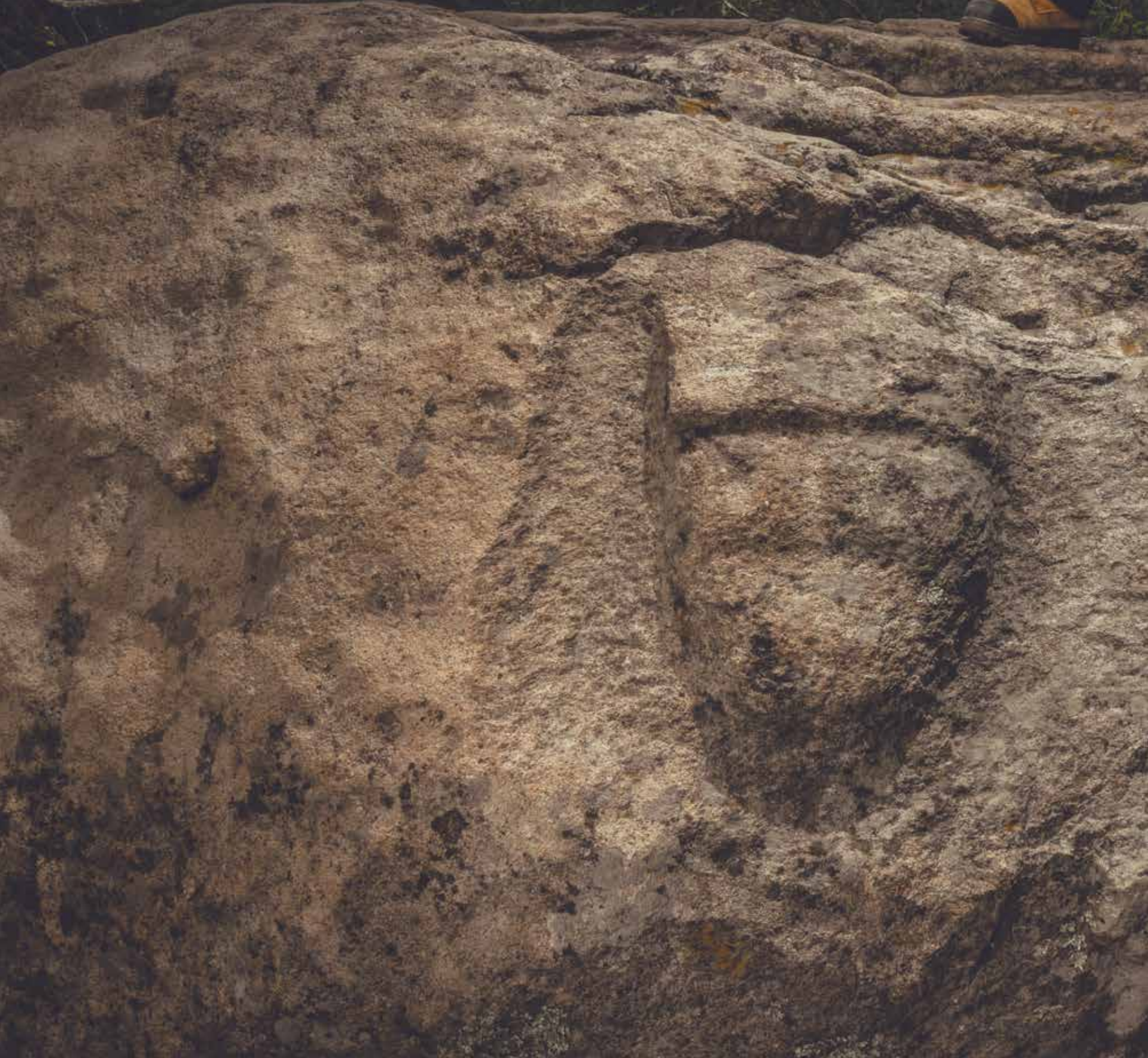
Página siguiente:  
el Señor del  
Sacromonte.

En tanto, la figura de fray Martín de Valencia (muerto en 1534), franciscano que vino a la recién llamada Nueva España para encabezar la evangelización inspirado en el milenarismo de Joaquín de Fiore, deja el culto de un Cristo negro de pasta de caña en el antiguo cerro sagrado de la población. Por ahora no debe distraernos si dicho Cristo negro es la versión dual del antiguo Tezcatlipoca, porque el contexto en ese caso histórico era mucho más incisivo y determinante. Los hermanos pelean a tal punto que se tiene que enviar, en 1546, a un mediador, el juez Andrés de Santiago Xochitototzin. Abrevio: cada hermano tomó partido y recibió apoyo; Tomás, de los franciscanos, Juan, de los dominicos. El juez indagó, decidió y dividió Amaquemecan. Los franciscanos, por una razón hasta hoy desconocida, se retiran de Amaquemecan y ceden la evangelización a los dominicos. Apenas es 1580 y el nudo va cobrando su enredo y aglutinando los gritos, primero minúsculos, luego de la magnitud de un terremoto, que tejen con deleite la urdimbre del pasado de este lugar.

Hacia 1606 Chimalpahin, descendiente de la nobleza indígena de Amaquemecan —de ahí el apelativo *tlatocapiltin* que usa— que ha sido desposeído de sus fueros regios, pero que a cambio ha recibido una educación preciosista en la nueva cultura dominante y además en su propia tradición, se dedica a confeccionar unas *Relaciones* para que se conozca la verdad detrás del asunto de los hermanos Quetzalmazatzin y Tecuanxayacatzin y, de paso, el glorioso pasado del Totolimpan. Sus manuscritos, por esos terribles azares de la historia que bien se equiparan con el ascético o brutal silencio, van dando tumbos hasta quedar en las estanterías de la Biblioteca Nacional de Francia y no serán descubiertos hasta el siglo xx (aunque se conocían plenos desde finales del xvii y sobre todo durante el xviii), pero a finales del siglo xix, el sacerdote Fortino Hipólito Vera y Talonia (1834-1898) comienza a indagar y publica en la Imprenta del Colegio Católico (fundada y dirigida por él aquí en









Amecameca) una de las primeras historias modernas del culto al Señor del Sacromonte.

Los tres personajes son las aristas de un proceso que define el rumor de la historia de Amecameca. La partición de este antiguo señorío prehispánico en diversos barrios y pueblos; la aparición y culto del Señor del Sacromonte — que tiene poco más de 400 años de ser un punto de encuentro para todas las divisiones del antiguo señorío y de reencuentro con las viejas tradiciones— aunque ahora con otro nombre y, finalmente, las plumas que saben escuchar el rumor de voces que conforma la historia y separar los susurros de los gritos. En este triángulo está el principal sonido que captura y emite Amecameca. Dos mil años de historia masticándose lentamente no son materia de los sueños ni del olvido. Mondándose a sí misma, la memoria colectiva estira los oídos para escuchar su pasado, para traducir lo que de pronto ya no se sabe con certeza qué significa. Para encontrarse, Amecameca escucha pausadamente la lectura en voz alta de sus crónicas, lo que se dice de abuela a abuela respecto de los pasos a seguir en ciertos ritos; el canto de las piedras, el gluglú de los ríos, incluso, si es necesario, puede oír serenamente el sonido de turbina de avión que hace el Popocatepetl cuando está irritado. Oír la historia es asunto capital porque, en muchos casos, la historia de este lugar sigue viva, hinchiendo un orgullo y copando tradiciones que acaso ya no tienen la misma fuerza del grito original, pero que aún provocan suaves ecos que de pronto interrumpen la molición del olvido.

El monumento de Amecameca se ha vinculado con la observación astronómica.







## El lento aroma de un día cotidiano

De suyo el aroma es lento porque el olfato, como se sabe, es el sentido que más potencia la memoria. Oler es un deleite, un tatuaje de los recuerdos. Un alegato a favor de la ralentización frente al acelerado proceso que quiere convertir de golpe y de una buena vez a la antigua Amecameca en la nueva Ameca, esquina de las urbes.

Pero si todo lo anterior es cierto, ¿cuál es el olor de Amecameca? En primer lugar, el pueblo. Lo sabemos cuando llueve, las gotas irradian el intenso aroma a tierra que en las ciudades absolutas es algo inverosímil. Ese olor a pueblo continúa con las tradiciones que se aferran a morir. Los pequeños establos que sobreviven en algunas casas impregnan el olor de alfalfa y boñigas, con el de la leche bronca, en los tejados que aún sobreviven. A su vez, el olor de los animales incita a salir extramuros, a treparse en esas carretas que todavía cruzan la vecindad, las *volantas*, y comenzar a extraviarse en olores. El de la humedad que tienen los terrenos después de salvar el olor a marranos de los ranchos que aún los crían; el olor a polvo, cuando las lluvias se toman un descanso; el olor del frío, el olor de los bosques.

Sólo que Amecameca no es bucólica como pareciera. Son las tres de la mañana de un día cualquiera entre semana. El jardín comienza a bullir. Autobuses y camionetas se forman en las esquinas para comenzar su rutina de transportar a un puñado de mujeres y hombres que, sumados a otras

**Cuando llueve, las gotas irradian el intenso aroma a tierra que en las ciudades absolutas es algo inverosímil**

Página anterior: la palabra *Amecameca* proviene del náhuatl “el lugar donde los papeles señalan o indican”.







tantas personas en algún metro de la ciudad, forman esos miles de individuos que desquiciarán la capital del país. Huele a gasolina mal quemada, pero también al penetrante olor de la manteca con la que se guisan los tamales. A las cuatro de la mañana el centro está febril, las filas de pasajeros suben al transporte público; comen tamales y atole. Los gritos se mezclan con ese aroma a urbe que también es típico, la mezcla de motor mal afinado, escape roto, efluvio de una coladera saturada y perfume sobre ropa de trabajo formal. Con suerte, en dos horas estarán en el metro Pantitlán, pero cinco minutos de retraso pueden ser la diferencia para quedar atorados cuatro horas y media en el tránsito de la metrópoli.

En ese sentido, poco hemos evolucionado, pese a la tecnología y el transporte. En 1856 también era necesario hacer fila, pero sólo los martes, jueves y sábados había diligencias a México. La diligencia particular arrancaba temprano fustigando a los caballos para que emprendieran, como hoy, el camino hacia Tlalmanalco por el norte de Amecameca.

Al llegar a la Hacienda del Moral, cerca de Ixtapaluca, el pasaje bajaba para almorzar y sobre las cinco horas de trayecto estaban llegando a la calle de Jesús María en Ciudad de México. Para regresar al terruño había que esperar al miércoles, viernes o lunes. Había dos diligencias por día, pero no servicio diario.

A lo largo de su historia, Amecameca no ha tenido olor bucólico ni el de la gran ciudad. Más certeramente, tiene el olor mezclado de ambas tradiciones. Hoy en día lo comprobamos a eso de las ocho de la mañana, cuando los niños entran a las escuelas: los tamales huelen por encima de todo motor de combustión interna, y también los mixiotes, que tanta fama tuvieron hace 50 años. Huelen los jugos de frutas, las empanadas de arroz y de mermelada de fresa, los puestos de verduras que se instalan dos veces en el tianguis (domingos y miércoles, como las antiguas diligencias). Pero igual huele a tránsito, a





urgencia, a café pluma de Oaxaca o caracolillo que se vende rápidamente en un negocio pequeño para comenzar el día. A las nueve Amecameca está en pleno, brindando sus servicios a la región. Sus olores se han matizado, pero sólo para seguir impertérritos al ciclo del día. Olor a almuerzo de pancita y de mixiotes de carnero y de conejo que se consiguen como por ensalmo en minúsculos puestos del mercado. Olor de tacos de carnitas, de comidas corridas y comida internacional, según el presupuesto o el gusto. Olor de media tarde, con raspados, helados, crepas y luego de vuelta a los tacos, que gobiernan la noche entera en el centro, porque la cascada de individuos que regresan de su trabajo en la ciudad seguro tiene hambre y aquí está el puesto de lámina y focos incandescentes salvador. Huele la noche, huele el cansancio. El olor es lento, porque “el aroma del tiempo es una manifestación de la duración”, como dice el filósofo coreano Byung-Chul Han.

Sólo que Amecameca no es urbana como pareciera. “Esta misma noche, bajo la luna, se tornará vaporosa y sus dos conos azules... formarán aquello que las generaciones que no sabían soñar llamaban un ‘paisaje de ensueño’”, escribió Paul Morand. Las alturas de la sierra y la presencia de los volcanes tensan el arco de Amecameca: ciudad, sí, pero aún pueblo. Comunidad a las faldas del Iztaccíhuatl, pero pequeña ciudad dormitorio. El primer alumbrado público que tuvo la región, pero un ejército de luciérnagas encendiendo los sotos del Iztaccíhuatl. Amecameca huele a ambas. El olor de los bosques se arrima a las calles más urbanas y sofisticadas cuando llueve y cuando suceden los desastrosos incendios en la montaña, el pueblo despierta en medio de un penetrante olor a humo. La lista descriptiva puede ser inmensa, infinita o llanamente necia: el olor a las pequeñas fábricas de láminas, de plásticos y a las curtidurías; el olor amable y sensual de los cedros, el oyamel y las piedras mojadas por los ríos; el olor de los carritos de camotes y plátanos que soplan su peculiar aullido en las esquinas de las calles; el olor del pasto en los campos



Escultura sacra exterior  
de la Parroquia de la  
Virgen de la Asunción.



de futbol, el olor de los cocolos cociéndose lentamente en Zentlalpan. En realidad, hay que darle la razón a Heidegger: “los aromas del tiempo no son narrativos, sino contemplativos... descansan en sí mismos”.



Parroquia de la Virgen  
de la Asunción.



Izquierda, superior: elementos indígenas en el exterior de la parroquia.

Izquierda, inferior: fresco lateral.

Derecha: retablo a San José.





Izquierda:  
sagrario de la parroquia.



Derecha:  
portón con elemen-  
tos de la orden de  
Santo Domingo









Página 49:  
bóveda principal del  
templo.

La parroquia perteneció  
a las órdenes de los fran-  
ciscanos y dominicos.



Señor del Sacromonte  
en el santuario





## El espíritu de la montaña

Para llegar a la cueva de Alcalican hay que atravesar un buen trecho de monte por sendos caminos más allá de la Exhacienda de Tomacoco. Se atraviesa un río, se camina sobre una cañada y, finalmente, hay que subir una vereda muy empinada. El abrigo rocoso que la guarece es altísimo, como de 50 metros y pleno, alrededor de este sitio, está la montaña.

La cueva es un sitio sagrado de la región. Formalmente venera a la cruz de Alcalican, pero subjetivamente venera al agua, al espíritu abstracto de la montaña. La dureza de sus paredes llenas de siglos verdea como el color de la lagartija. ¿Cuántos años tienen estas rocas? Muchos desde luego, más de los que pueden juntar las vidas humanas. En el abrigo se alza imponente la cruz que, por su parte, en esta lidia centenaria, ha de tener alrededor de 200 años. Este entorno, a más de tres mil metros de altura, además del misterio y el recogimiento que provoca, hace pensar sobre todo en el tiempo. ¿Qué es esta piel mineral indiferente al tiempo, a las nece(s)idades humanas, a todo tipo de medición y memoria?

La sagrada cueva, lugar de encuentro de tiemperos, graniceros y otros personajes tradicionales, guarece la fe y en buena parte la magia de la Sierra Nevada. Pero estar ahí no es asunto antropológico sino vital. La sierra muestra su densidad; resulta tan viva que pesa, incluso al momento en que entra a los pulmones, a la mirada, a la punzante sensación de las piernas que se

Página anterior: la región se caracteriza por el culto a las montañas.





han fatigado con la subida. La sierra se deja tocar y regresa el favor. Por eso, los alpinistas y entendidos en los secretos de la montaña saben que se debe propiciar, que es necesario conciliarse con los espíritus que habitan aquí para que la subida sea noble, sin contratiempos ni urgencias. La señora Cleotilde Soriano, mejor conocida como doña Coti, una sabia mujer que es heredera de las guardianas de esta cueva, realiza una serie de ritos que se podrían resumir en su voz, cansada por los años pero enérgica por su responsabilidad: “Que te quite el cansancio, que nos componga, que nos haga chiquito el camino, que no nos espante”.

Llamar Sierra Nevada o montaña al enorme macizo que guarece Amecameca no es simplemente un símil. Hay una presencia rondando en su imponente factura; si ésta se puede humanizar, sin duda alguna alarga sus manos para dejarse sentir. No es sólo el frío o las ramas de los árboles que se abanicán, sino diversas formas de tocar a los que entran a su reino. Quizá una de las más grandilocuentes sea el silencio, esa forma suprema de la naturaleza que envuelve al que se introduce en sus dominios. Aplastante, reconcentrado, no hay un adjetivo unívoco para referir el silencio en la montaña, pero ciertamente toca una fibra íntima del ser humano que lo vuelve insospechadamente hermoso o lo llena de un pánico feroz. La montaña, hay que precisar, nos vuelve humildes. ¿Podemos imaginar el tránsito de Hernán Cortés por estas serranías? Fernando Benítez lo reconstruye con una imagen singular y poderosa:

Están en otro mundo que no guarda relación con las ambiciones y los deseos que los animan. Un mundo de grandiosa soledad, viejísimo y tan nuevo, que parece recién nacido, donde las líneas son increíblemente puras y los colores restallan en el aire con una fuerza nunca antes vista... La soledad no puede expresarse con palabras. Es la soledad que debe reinar en lo intemporal, en lo eterno.

**Los entendidos en los secretos de la montaña saben que deben conciliarse con los espíritus que la habitan**

Página anterior:  
Exhacienda de  
Tomacoco.











De ahí que también la tragedia que acontece en la montaña se pueda palpar, como vivieron los amecamequenses en 1949 en uno de los accidentes de aviación más recordados, doblemente fatal para algunos: en él falleció Blanca Estela Pavón, la famosa actriz del cine de oro, sucedió en el Pico del Fraile, uno de los promontorios del Popocatepetl, en consecuencia, Amecameca se convirtió en una enorme capilla ardiente. Y sobre todo en 1968, cuando fallecieron 11 jovencitos que habían ascendido al Iztaccíhuatl, a causa de una ventisca.

La sierra se toca, te toca. Una leyenda de Amecameca habla de Juan Ruiz, el prototipo de hombre desenfadado y burlón, que vende su alma al diablo para que éste le corte leña que a la larga lo enriquece y que, en el corto tiempo en que esto ocurre, le acarrea todas las desgracias del mundo. En otra leyenda, el mítico *cuahutepochtle*, un diminuto ser parecido a un duende, hace maldades a todo aquel que no presenta los debidos respetos al espíritu de la montaña.

Página 56:  
bóveda de la capilla de  
Tomacoco.

Página 57:  
la exhacienda presencié  
el paso de los zapatistas.















## Palpar la fiesta

Se dice que los alteños no son alegres. Ceñudos, ariscos, adustos: siempre habrá manera y adjetivo para argumentar eso. Incluso buena parte del monumental *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Fernand Braudel, está destinado a demostrar historiográficamente el hecho. Qué diferencia con sus antípodas los sureños. De ellos se dice que son candela pura, emoción a flor de piel, música en las venas. Pero la dialéctica de la diversión sí cabe en Amecameca porque al menos una vez al año se vuelve el lugar donde se encuentran los contrarios.

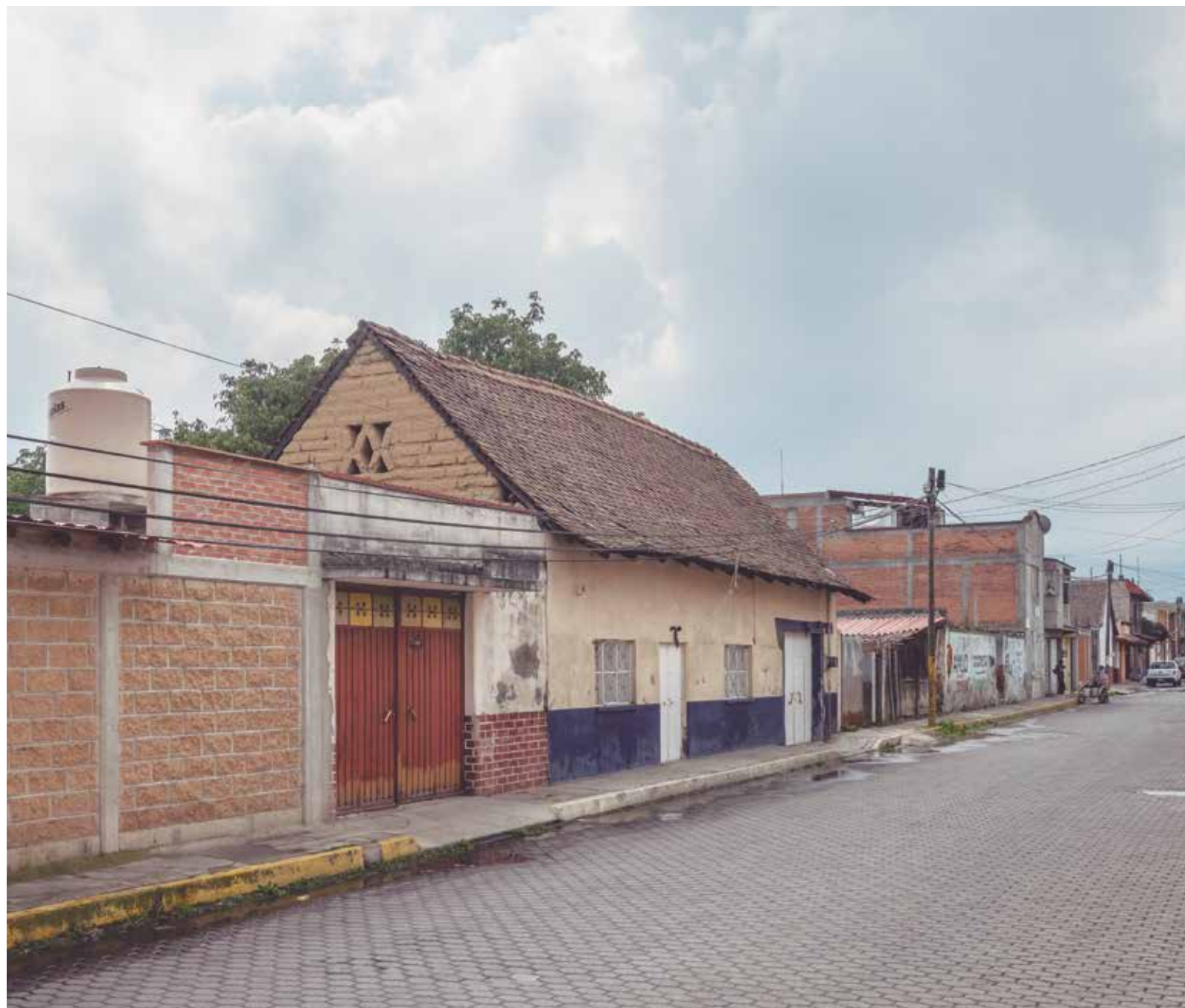
En esos días, el lugar común y el prejuicio parecen cobrar realidad. Los vientos del sur llegan a esta ciudad fría a través de signos sutiles: la camisa desabotonada hasta el pecho, el sombrero impenitente, la forma de recargar los acentos en las palabras. Pero sobre todo en esa forma de caminar casi flotando que sólo pueden tener los que han crecido toda la vida usando huaraches. El sur y sus productos llenan las calles de Amecameca con motivo del Miércoles de Ceniza que, según Chimalpahin, se realiza desde 1584. Es el momento donde se puede palpar que la diversión tiene canales más fuertes que los lugares comunes. Llegan vendedores de todo tipo de mercancías inéditas en este alto valle: metates, guajes, semillas, cestos, alfarería y, en un lugar especial, los dulces típicos de Morelos. Entonces, entre el olor de las palanquetas y el pregón de los comerciantes, el alteño recupera su antigua

Páginas 60 y 61:  
el Santuario del  
Sacromonte bajo la pro-  
tección de la montaña.

Página anterior:  
arcos de entrada  
al Santuario del  
Sacromonte.

Página siguiente:  
Amecameca fue  
territorio rebelde y  
campesino durante la  
Revolución mexicana.







El carácter sagrado del cerro ha pervivido a la evangelización.



condición suriana. Amecameca, como hasta hoy sucede, fue camino de paso hacia el valle de Amilpas y Cuernavaca; fue territorio rebelde y campesino cuya lucha agraria también incluyó la posesión de los bosques y el dominio de las escurridizas aguas de los volcanes. Zapata decía que era la *Tierra Fría de los Volcanes* y usó la zona, Amecameca en especial, para comenzar su ataque a Puebla en 1915.

El sur y el frío juntos. La algarabía del Miércoles de Ceniza redime el aire adusto que al Dr. Atl no cansó escribir. Pero igual la solemnidad del cerro sagrado se deja tocar por manifestaciones populares arraigadas en su tradición secular. En la mañana del Miércoles de Ceniza el cerro hierve de visitantes. Previamente, los antiguos barrios de Amecameca han dejado su tacto sobre las laderas y la cima para cobijar su propia herencia: barrer, limpiar, enflorar, iluminar y traer la música que siempre debe estar presente, hasta en las grandes desgracias. Del cerro bajarán los ríos de personas para seguir impregnando ese tacto húmedo y tibio que se siente cuando un cuerpo está muy cerca del tuyo. La fiesta es singular y sin embargo, como en todo México, universal. Además, tiene su prosapia y leyenda, como aquella historia que corre de boca en boca sobre las esporádicas apariciones de Pedro Infante en los bailes de carnaval; la estrella coruscante aparecía “de incógnito” en Amecameca por la fama de sus bailes y la población entraba a ese juego de apariencias; la señorita concediéndole una pieza pero sin aludir después del baile que el ídolo, sí, por supuesto, la había tenido entre sus brazos.

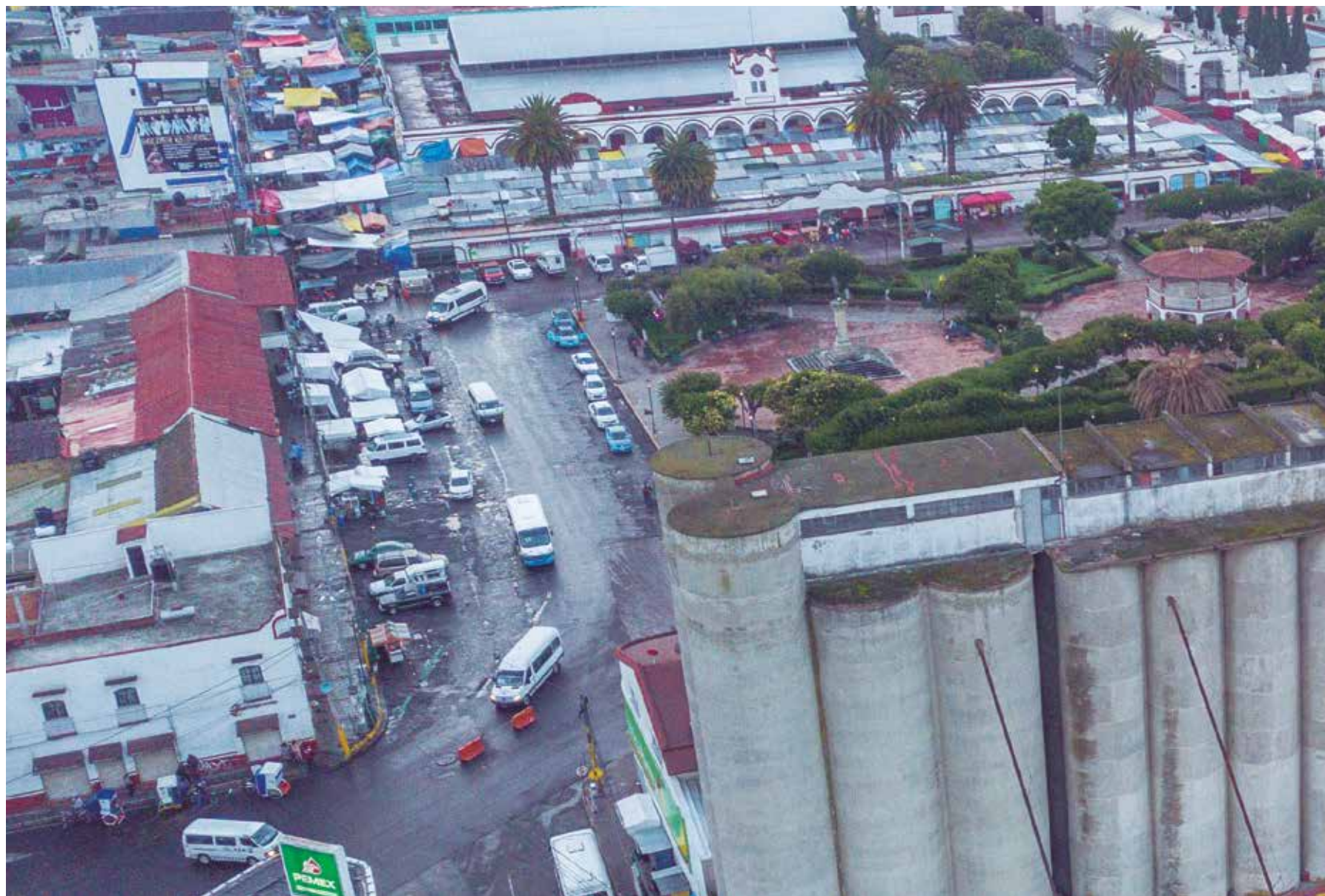
La alegría y la vitalidad de las fiestas de Amecameca saltan a los pueblos que la rodean. En Santa Isabel Chalma, lo mismo que en el vecino pueblo de San Antonio Tlaltecahuacán (que sin embargo ya es municipio de Tlalmanalco) el ansia de tocar la alegría se materializa de hecho en los antiguos rituales campesinos de la doma y el jinete. “Las mulitas”, como se conoce a una singular práctica festiva, pone a los muchachos, casi niños

**La solemnidad  
del cerro sagrado  
se deja tocar por  
manifestaciones  
populares**



Monumento a Benito Juárez en el jardín municipal.









Vista panorámica de la cabecera municipal un día de mercado.





del pueblo a hacer correr a una mula cargada de cajones de fruta y cocolos. La acémila corre furiosamente alrededor del pequeño templo; la atención es igual de importante que templar los nervios aunque de vez en vez haya pisotones y sustos. Las banderas que ornán la carga de las mulas son como un recordatorio de la pertenencia a un suelo, a esa ínfima porción de tierra que es la nación y que, diría Borges, apenas necesita un par de metros para refrenarse. Hay que ser valientes para hacer el recorrido de las acémilas, pero la valentía es un asunto que flota en el aire de todas las comunidades rurales porque también significa la tenaz resistencia a que la urbanización acabe con sus tradiciones, que nadie sabría decir cuándo comenzaron. La valentía de estos muchachos, de un pueblo entre el más tupido soto del Iztaccíhuatl y las voraces manchas de la ciudad, puede irse desgastando en cada vuelta que su mula haga en honor de un santo patrón o de una tradición ancestral. Lo que aún falta por domeñar es esa sustancia que le da color a su pueblo, una minúscula porción de Amecameca que se resiste a abandonar sus historias de campo, tierra y monte, escanciadas con sendos vasos de los famosos licores que producen sus pueblos. La valentía se palpa, como el lomo de la mula, pero no es que se pueda montar subiéndose a ella en una piedra milenaria.

De ahí que la algarabía tenga modos menos vehementes que la peligrosa carrera de acémilas y se convierta, de hecho, en el acto por excelencia de tocar un cuerpo, sobre todo un cuerpo imposible. “Las marotas” resultan un carnaval exultante, orgiástico, el pivote más visible que tienen los alteños para no morir de tanta sequedad del corazón. Los fornidos hombres que hacen las faenas del campo, que bien podrían derribar de un bofetón a cualquiera que les contradiga, de pronto están en las calles batallando por mantener su humanidad en unos tacones altísimos: las batallas que impone la alegría. Los vestidos apretados, las medias rasgadas, enormes pestañas postizas y pelucas de colores. Se llaman cuadrillas a los grupos de marotas, como eco del baile

Página anterior:  
los guardianes del  
jardín municipal fueron  
llevados a Amecameca  
por revolucionarios  
zapatistas.







francés del siglo XIX. Ya domeñado el vestirse de mujer, comienzan a recorrer el pueblo bailando, gritando, peleando con el signo de mil cabezas de la feminidad. Nadie sabría decir los porqués de esa transformación, que también tiene su cuota de valentía, madurez y alegría, que no cabe en explicación antropológica ni sociológica que intentando ser erudita no diga mentiras. Es simplemente la festividad de la vida, tan súbita que no admite explicación. Lo dice Claudio Magris en un pasaje de su bellissimo libro *El Danubio*, una cita que bien cabe para estas formas de la fiesta en Santa Isabel Chalma o en Zoyatzingo (una delegación al sur de Amecameca donde Agustí Bartra decidió sembrar una parte de su filiación con México):

Esta brevísima fábula, que expresa casi todo acerca de la alegría de vivir y el impenetrable dolor de morir, nos recuerda que las cosas duran algo más que la vida pero que también están destinadas a desvanecerse y que, frente al dolor de la muerte, tiene escaso sentido exaltar lo auténtico ante lo artificioso.

Durante Semana Santa,  
Amecameca recuerda su  
esencia festiva.





Un recorrido al mercado municipal esta lleno de sabores y sensaciones.





Desde 1982 se celebra la Feria de la Nuez, actualmente Festival Cultural de la Nuez de Castilla.





Las *volantas* ilustran la dualidad urbanización/campo que define Amecameca



Arco humilladero de  
Amecameca





## El tacto del volcán

Si el frío tuviera forma humana sería un ectoplasma de brazos firmes, pero al mismo tiempo sutil, lo suficiente para tocar nuestro cuerpo de manera envolvente. Bajaría de la montaña para adherirse a nuestra piel y zaherirla con especial sadismo. Ya los abuelos nahuas lo sabían, el rumbo del norte es de donde llega el frío que corta como cuchillos de obsidiana. Pero no todo es culpa del frío, ¿cierto? ¿No hay también cierto masoquismo en venirse a vivir, como dijo Malcolm Lowry, bajo el volcán? ¿Qué se gana viviendo día a día con el frío?, incluso, ¿por qué pueden venir los sureños a pagar su cuota de sufrimiento? Y es que los sureños, vale la pena subrayar, los morelenses que traen sus dulces, los artesanos del lejano Olinalá y Temalacatzingo en Guerrero, también vienen a refrendar que son alteños. Metidos en su puesto, entre febrero y marzo —pues el Miércoles de Ceniza depende de la movilidad de la Semana Santa: 40 días antes de que ésta suceda— pueden recibir una caricia de la sierra en forma de lluvia, granizo, aire o nevada en las alturas. El frío cala, arremete, los obliga a mostrar empatía con este pueblo raro que eligieron para vivir, no ellos sino sus abuelos hace miles de años, la caricia del frío, el tacto del volcán.

Página anterior:  
la presencia de pinos,  
encinos y oyameles  
es característica de la  
región.



FE • TÈ • NESCAFE • TORTAS • ATOLE



# Convocar los sentidos

Amecameca, rodeada de un imponente desplegado de recursos naturales, tiene una abundante oferta culinaria que no se limita al catálogo o al menú. Como sucede universalmente, el gusto colma todos los sentidos. Es la experiencia sinestésica absoluta, de tal modo que en las preocupaciones gastronómicas contemporáneas se busque unificar (¿no sería mejor convocar?) a todos los sentidos alrededor de la mesa; ahí está, por antonomasia, esa maravillosa experiencia que han articulado los responsables del proyecto londinense Kitchen Theory.

No obstante, el vínculo de la comida con el ímpetu por la vida desborda todas las metáforas y las comparaciones pedestres. Comer es el mejor testimonio de estar vivo, de ahí que las grandes aglomeraciones en los puestos de mixiotes, o como antaño se hicieran en La Atrevida, sean el gran ejemplo del vitalismo a la falda de los volcanes. Romper la hoja de maíz, atravesar la carne ligeramente teñida de crepúsculo y bañarla en salsa verde, aromática a humedad, para inmediatamente contrastarla con la redondez de la humeante tortilla: ésa es la vida, ni más ni menos. Al menos una forma de vida, compatible con la pertinaz tarea de encender un horno de leña para luego cocer delicadamente esos polvorones frágiles que en su propio campo de gualdas encierran la palabra Ameca.

Vivir para comer y por la comida sentirnos vivos. La frase encierra un eco hedonista que Amecameca ha sabido honrar a lo largo de su historia y sus experimentos más osados: desde hacer cocoles de anís y de cema hasta

**Comer es el  
mejor testimonio  
de estar vivo**

Página anterior:  
la comida está presente  
en cada lugar y  
situación.





La diversidad y la elaboración artesanal de alimentos son el sello de Amecameca.





Pan de amasijo



conseguir el secreto para la receta de los tamales aguados, esos que discretamente comía el hermano Martín de Valencia mientras se desarrollaba el imposible coloquio con la historia. Tamales, hay que decirlo aunque sea breve, de una maravillosa confección, porque como cualquier otro tamal son untuosos, aromatizados con manteca y comino, pero a diferencia de los comerciales, cuando el arte de elaborarlos se ha mantenido firme, resultan tan poco densos en su cocción que el no entendido podría suponer que están crudos. El buen fray Martín quizá no tuvo tiempo de convidar a sus pares en el imposible coloquio las delicias de otro raro ejemplar de tamal amecamequense: el canario, que es básicamente un tamal de nata envuelto tan delicadamente que de vista y de sensación parece un hermano de esas aves que pendían en los corredores de las antiguas casonas.

El gusto es una invitación a las delicias, así, Amecameca se convierte entre julio y septiembre en una invitación para consumir chiles en nogada, la preparación barroca por excelencia que en su mezcla exacta de piñón, perón, durazno, granada, carne molida, plátano, chile poblano y la deliciosa salsa de nogada, alcanza la fusión de sabores que cimienta el ser del mexicano: dulce pero picoso, triste pero alegre, salado pero con mucha suerte, delicioso pero sólo poco, apenas el tiempo que dura un suspiro o una mordida. ¡Una delicia!, pero no le van a la zaga la pancita humeante, los diversos atoles que antaño le dieran apodo a Amecameca como pueblo “de atoleros”, los tlacoyos, la cecina que desde antes del Dr. Atl ya venía de tierras surianas a venderse en los tanguis, las barbacoas, las quesadillas. La comida también es ansia de vivir, de probar más, de no contentarse con la primera prueba, de buscar insistentemente el mejor fogón, la mayora más acreditada, la cantina que acumule más historia (en La Flecha Roja, por ejemplo, Atl trazaba sus senderos de la montaña mientras Fidel Castro y Ernesto, *el Che*, Guevara acaso hablaban más de la tierra mexicana que de la revolución que irían a desatar en el Caribe y anexas).



Tortillas hechas a mano



La comida es una carrera llena de búsquedas, tropiezos y yerros bien pronto remendados. Un conocimiento que el gran Brillat-Savarin sentenció en el colofón del Siglo de las Luces: “los conocimientos gastronómicos son necesarios para todos los hombres, porque propenden a aumentar la suma de placeres que les están destinados”. Aunque el placer se tiña ligeramente de dolor o de incongruencia, como los famosos raspados que se venden en la plaza central, sobre

todo los “diablitos”, que mezclan el dulce con mucho chile, sal, limón y chamo. Cada cucharada del granizado fustiga la lengua y el paladar, pero en el núcleo de ese pequeño tormento está la llamada a que no se pare por ningún motivo, de seguir comiendo, como si en el mismo núcleo estuviera un pequeño remanso postergado o una tregua a cada cucharada.

Venta de atole





# El cuerpo del otro

Al comer elevamos todas las metáforas hacia el cuerpo del otro; la posesión no es sólo un signo, sino una característica de cómo comemos los seres humanos, recordando que somos los únicos animales que nos llevamos el alimento preparado hacia la boca. Nos apropiamos del entorno ecológico y al digerirlo, sin darnos cuenta, pasamos a ser parte de dicho entorno. Podría decirse que es todo como una danza de los cuerpos, un juego de toma y daca con lo que ansiamos comer y lo que finalmente disfrutamos. De ahí que comer también sea una sutil pero no menos gráfica manera de referirnos a la posesión del cuerpo humano. Señala Flor Cecilia Reyes: “Al golpe de tu aroma giré sobre el talón / y te eché el ojo. // La tarea me di de sopesarte; / mis índices golosos se afanan en tu pulpa / y me comienza a hacer / agua la boca”.

Naturalmente, vivir bajo el volcán tiene sus costos por cuanto a la comida se refiere. En la comida que se acostumbra hacer y disfrutar están insertos auténticos peajes para transitar seguros por la cultura. “El cuerpo de los dioses” significa, más o menos literalmente, la palabra nahua *teonanácatl*, traducida al español de manera algo forzada como “hongos”. Y en ese cuerpo divino, transfigurado en las sombrillas que las señoras de los pueblos más cercanos al somontano traen a vender al mercado de Amecameca, está también el aroma, el olor, la densidad de la montaña entera. Si lo sabemos entender y disfrutar, el placer que elogiaba el sabio Brillat-Savarin estará expedito; será

**Al comer elevamos todas las metáforas hacia el cuerpo del otro; la posesión no es sólo un signo sino una característica de cómo comemos los seres humanos**

Página anterior:  
mixiotes tradicionales.







una mutación donde una quesadilla de los exquisitos hongos de San Pedro Nexapa dejará de ser mazayeles, jojoles, escobetas, manitas, yemas, carne de puerco, chilamacas, barrocos, tlachinoles, orejas, cornetes, venados, juchileros o azules, para convertirse, a través del grimorio del fogón, en humo azul y, por ende, en árbol, en floresta, en hojas muertas, en bosque, en la fragancia de la Sierra Nevada completa. Estaremos reuniendo todos los sentidos y geografías, las vistas, la historia, los viajeros ilustres y los grandes desconocidos que simplemente han venido a Amecameca para pasar un fin de semana agradable y tomar unas buenas fotos para su red social favorita.

El cuerpo del otro siempre se aplaza, constantemente se está masti- cando y digiriendo. El gusto del pinole, que puede comprarse a los sureños el Miércoles de Ceniza; el licor de capulín o de higo, que se toma en los descan- sos de las mulitas briosas; el jugo de naranja tomado en el estribo del autobús hacia Ciudad de México, o el regusto de las arboledas que saben a alcanfor y a lluvia nos recuerdan la magia de este lugar del sureste del Estado de México; nos incitan a alcanzar a esos otros cuerpos que caminaron antes de nosotros, que dejaron su propio testimonio, o bien, se llevaron a la tumba los grandes secretos que aquí hubieran sido espectaculares. Son otros cuerpos.

Mejor pida una sopa de médula y lleve unas empanadas de arroz y de mem- brillo para el camino. Escuche bien los sonidos de Amecameca, grabe bien la imagen que desde Harold Maxson y Roa Bárcena hasta el día de mañana seguirán batallando por conformar una auténtica poética del paisaje. Coma un buen mixiote o una torta de tamal mientras toma una foto para honrar a Hugo Brehme o a Winfield Scott o al mismo Françoise Chevalier. Palpe la historia que envuelve en abstracto a este municipio, cuna de Silvestre López Torquemada y habitación de sor Juana Inés de la Cruz; cargue, si puede, al Señor del Sacromonte o al menos respire un poco de esta trama. Uno no se come Amecameca, simplemente nos reencontramos con ella aquí o allá, más pronto de lo que imaginamos.

Página anterior:  
pan dulce recién  
horneado.









Páginas 90 y 91:  
elaboración de pan  
artesanal.





Venta de pan artesanal





La nieve artesanal acompaña fiestas y paseos.





Superior:  
recolección de hongos  
en San Pedro Nexapa

Inferior:  
Roberto Conde y  
Gerardo Páez, auténti-  
cos guárdianes de la tra-  
dición de Amecameca.



Con las lluvias llega la temporada de hongos y su reconfortante sabor.











El cardo santo es una especie común en la región.

Páginas 96 y 97:  
la amplia variedad de hongos comestibles se debe a la humedad del municipio.

Página 100 y 103:  
leones del jardín central

Páginas 104 y 105:  
el bosque y la Sierra Nevada.

## Fuentes consultadas

- Benítez, Fernando (1992). *La ruta de Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Brillat-Savarin, Jean Anthelme (2010). *Fisiología del gusto o meditaciones de gastronomía trascendental, obra teórica, histórica y a la orden del día dedicada a los gastrónomos parisienses* (ed. facsimilar de la versión del conde de Rodalquilar, 1869), Maxtor, Valladolid.
- Byung-Chul Han (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse* (traducción de Paula Kuffer), Herder, Barcelona.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón (2003). *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan* (paleografía y traducción de Rafael Tena), Conaculta México.
- Dr. Atl (1999). *Las sinfonías del Popocatepetl*, Verdehalago / Secretaría de Cultura de Puebla, México.
- Heidegger, Martin (2003). *Camino de campo* (traducción Carlota Rubies), Herder, Barcelona.
- Magris, Claudio (2012). *El Danubio*, Anagrama, Barcelona.
- Maxson R. Harold (1920). *A practical handbook with useful information regarding Mexico City and vicinity: with excursions to Toluca, Amecameca, Xochimilco, Cuernavaca and San Juan Teotihuacan*, American Book & Printing Co., Mexico.
- Morand, Paul (2008). *Viaje a México* (traducción de Xavier Villaurrutia), Aldus, México.
- Reyes, Flor Cecilia (2011), *Péndulo*, Gobierno del Estado de México, México.
- Roa Bárcena, José María (1888). *Últimas poesías líricas*, Imprenta de Ignacio Escalante, México.





MEMORIAL DE FERRAZ  
A LA MEMORIA DEL  
SEÑOR FERRAZ  
DE LA ESCUELA NÚMERO  
10000  
EN EL AÑO DE 1950  
CON EL PATROCINIO DEL  
SEÑOR FERRAZ  
Y LA AYUDA DE  
LA ESCUELA NÚMERO  
10000

# Índice



9	Presentación
13	El ojo de Amecameca
17	Los volcanes
23	Borrarse en el rumor de la vista
29	La turbina de un avión / El gusano debajo de la tierra
33	El coloquio imposible
41	El lento aroma de un día cotidiano
53	El espíritu de la montaña
63	Palpar la fiesta
79	El tacto del volcán



81	Convocar los sentidos
87	El cuerpo del otro
99	Fuentes consultadas















*Amecameca,*

de Mario Alberto Serrano Avelar, se terminó de imprimir en septiembre de 2020, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S.A de C.V., con oficina de venta en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C.P. 50040. El tiraje consta de 500 ejemplares. Para su formación se usó la tipografía Leitura, de Dino dos Santos, de la Fundidora DSType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Adriana Juárez Manríquez. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rogelio González Pérez. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.





